

racion de la inaudita sevicia de los verdugos, la reflexion amarga de la inutilidad de la Pasion y de la preciosa sangre de Jesus para con muchos, las palabras del mismo Jesus que la constituyen Madre de los hombres, sustituyendo al hijo natural por el adoptivo, al esclavo por el Señor, al hombre puro por el Dios verdadero. Ved con cuánta razon podemos aplicarle las citadas palabras del libro cuarto de los Reyes: «su alma está devorada de una grande amargura:» *anima enim ejus in amaritudine est.*

Ahora me permitireis una reflexion tan sencilla como propia de la materia que nos ocupa.

La conducta de la Santísima Virgen junto á la Cruz del Salvador, nos liga de un modo dulce, pero con lazo indisoluble. Allí nos ha dado á luz á costa de grandes dolores... Semejante á Raquel, es Madre de un hijo considerado bajo dos aspectos; de Benjamín, que es Jesucristo, el Hijo del amor, y de Benoni, hijo del dolor, que es el género humano. Pues como hijos de amor, en la persona de Jesucristo nuestra cabeza, demos prueba de nuestro amor y gratitud hácia nuestra dulce Madre María, y como hijos del dolor, compadezcámosla y admirémosla en el mar inmenso de sus amarguras. Amor y compasion á María, gratitud á sus beneficios é imitacion de sus virtudes, hé aquí lo que nos hará felices en esta vida y en la otra.—AMEN.

## HOMILÍA <sup>1</sup>

sobre aquellas palabras del cap. 2.º, v. 35 de San Lucas:

ET TUAM IPSIUS ANIMAM PERTRANSIBIT GLADIUS.

SEÑORES PROFESORES, AMADOS SEMINARISTAS: Por tres años consecutivos me he ocupado, aunque en otro lugar, y de un modo público y solemne, de los dolores de la Santísima Virgen María junto á la Cruz del Salvador, materia de mi especial devocion y afecto. Hoy no debo privaros de la piadosa é instructiva meditacion sobre tan grato y tierno asunto, uno de los más comunes y familiares al pueblo cristiano.

En aquellos años, correspondiendo al auditorio y al objeto que nos congregaba, me ocupé principalmente en ponderar el dolor material de la Virgen María, sin desatender del todo el espíritu de

<sup>1</sup> Esta, y las dos siguientes fueron predicadas sin solemnidad en la capilla particular del Seminario de Cádiz.

la Iglesia ni olvidar algunas reflexiones morales y teológicas. Ante vosotros, amados míos, debe tratarse esta materia bajo otro punto de vista, como cuestión doctrinal, y atendiendo en primer término á vuestra instrucción, siquiera sea elemental y sencilla, tal como mis pobres fuerzas alcancen. Hé aquí mi objeto. Estadme atentos.

No es mi ánimo combatir hoy el error, tan funesto como necio, de aquellos que niegan el sentimiento común de que la Santísima Virgen, real y verdaderamente, sufrió al pié de la Cruz indecibles dolores. Este error se destruye por sí mismo, y le pulverizan el testimonio de la razón y el sentir unánime de los santos Padres. Y ¿cómo podrá persuadirsenos de que una madre sea insensible á las aflicciones y á los tormentos del hijo á quien ama? Hé aquí por qué este error es temerario, irracional y necio. Despreciándole, pues, cual merece, entremos en el plan propuesto.

La primera dificultad que se nos presenta es la verdadera inteligencia de las palabras de Simeon, dirigidas á la Santísima Virgen.

El célebre Hugo de San Víctor, en sus comen-

tarios, les da tres diversos sentidos. El primero es: *tuam ipsius animam*, como si dijera: «tu alma que es de Jesús por amor.» Porque si David amaba á su amigo Jonatás tanto como á su misma alma, ¿qué dificultad podrá haber en que la Santísima Virgen amase á su Hijo Jesús tanto, y aun más que á su misma alma?

El segundo es del modo inverso; es decir, el alma de Jesús, que es tuya por amor. Estos dos conceptos expresan, aunque de diverso modo, una sola idea, mediante la conformidad y reciprocidad de amor entre los corazones de Jesús y de María.

El tercero es más natural y óbvio. La voz *ipsius* se refiere á *gladius*, como si dijera: «la espada de Jesús, ó la espada que atravesará á Jesús, traspasará también tu corazón.»

De aquí se desprenden dos grandes verdades: la primera es que el dolor de la Virgen María, durante la Pasión de su amado Jesús, fué agudísimo sobre toda ponderación, puesto que penetró hasta lo más hondo de su corazón y de sus entrañas; y la segunda es que su fortaleza y su constancia fueron verdaderamente heroicas. «El amor de Jesús, dice el P. San Bernardo, comentando unas palabras de San Jerónimo, en uno de sus sermones de la Asunción de María, el amor de Jesús, semejante á una aguda saeta, penetró el corazón y el alma de su Madre, sin dejarle parte sana:» *est sagitta electa amor Christi, quæ cor Virginis pertransiit, quia*

*nullam particulam in pectore virginali vacuum reliquit.*

Y ¿de qué espada habló en este pasaje Simeon? Hé aquí otro punto muy controvertido por los sagrados expositores, y sobre el que han procurado todos manifestar su erudición, al par que su piedad y amor á la Santísima Virgen.

Hay espada material que hiere y divide la carne, y de esta deben entenderse las palabras del Salvador á San Pedro: «Todo el que hiciere uso de espada, morirá por ella<sup>1</sup>.» La muerte llámase también espada, en cuanto á que, cortando el hilo de la vida, verifica una verdadera separación del cuerpo y alma, y en este concepto dice el libro primero de los Reyes<sup>2</sup>: *siccine separat amara mors*. El escándalo, el temor, el respeto humano, llámense también, y son en cierto modo espada, porque nos separan del cumplimiento de nuestros deberes. La palabra de Dios es también espada, según aquellas palabras de San Pablo: *accipite gladium spiritus quod est Verbum Dei*. Hay espada de temor, espada de amor, espada de admiración, espada de tribulación, espada de dolor.

Es evidente que ni el sacerdote Simeon ni el evangelista San Lucas quisieron significar la espada material. Así San Ambrosio y el venerable

<sup>1</sup> Math., 26.

<sup>2</sup> Cap. 15, v. 32.

Beda<sup>1</sup> nos dicen que jamás historiador alguno ha escrito que la Santísima Virgen fuese herida de espada ni de otra cualquier arma ó instrumento material.

Tampoco quisieron dar á entender su muerte, porque si bien algunos escritores han dicho que la Santísima Virgen murió al pié de la Cruz, devorada su alma por la vehemencia del dolor, esta opinión está en contradicción con la comun de los Padres y expositores. Todos la conceden muchos años de vida después de la gloriosa Ascensión del Salvador.

San Hilario<sup>2</sup> parece quiere dar á entender en la profecía de Simeon la espada del juicio de Dios; pero esta exposición es toda alegórica y moral, puesto que la Virgen María nada tenía que temer la severidad de este juicio. La Madre de Jesús no cometió jamás la más ligera falta; fué absolutamente impecable, pura y exenta de toda mancha actual y original. Si, pues, el juicio de Dios es terrible para los pecadores, como lleno de amor y bondad para el justo, la Santísima Virgen no pudo ser herida de esta espada.

Tampoco pueden entenderse de la espada de admiración, porque á María, conocedora de todos los misterios de la sabiduría eterna, conocedora, más que Isaías y los profetas, del plan augusto de la re-

<sup>1</sup> Sup., cap. 2.º, Luc.

<sup>2</sup> Sup., Psalm. 118.

dencion, nada podia sorprenderle del amargo vaticinio. Y por la misma razon no deben entenderse de la espada de la palabra de Dios, de que nos habla San Pablo, porque esta divina ley, esta divina palabra, era su meditacion continua.

Mucho menos quiso darnos á entender Simeon, la espada de la incredulidad, de la infidelidad y de la duda, anunciada por el Salvador á los apóstoles, antes de su Pasion, en aquellas terribles palabras: «muchos sereis escandalizados en esta noche:» *omnes vos scandalum patiemini in me in ista nocte*. Orígenes <sup>1</sup> comprendió en este escándalo á la Santísima Virgen al pié de la Cruz de Jesus, pero poco despues reformó su opinion, estableciendo lo contrario. Algunos otros escritores antiguos, que nos refiere San Juan Crisóstomo <sup>2</sup>, participaron de aquel error, error combatido y condenado unánimemente por los Padres y expositores sagrados. El angélico doctor Santo Tomás <sup>3</sup> explica con su natural claridad y erudicion cómo deban entenderse las frases de aquellos escritores que al parecer revelan alguna duda sobre la fidelidad de la Santísima Virgen. Y á propósito, no puedo dejar de citar estas notabilísimas palabras de Dionisio Richell <sup>4</sup>: *Sapientissima et constantissima Virgo, quæ filii sui passionem, passionisque modum clare et distincte præcognovit,*

<sup>1</sup> Hom. 17, in Lucam.

<sup>2</sup> Sup., cap. 2.º Luc.

<sup>3</sup> 3. pars, quæst. 27, art. 4.º

<sup>4</sup> Lib. 3.º de præc. et dign. Virg., cap. 23.

*magis quam David, Isaias, Daniel, aut aliquis prophetarum in passione ipsius nullatenus dubitavit, immo fidelissima mansit.*

Hecha esta relacion, amados mios, tan minuciosa como instructiva, por cuanto al paso que rebate varios errores, establece la doctrina piadosa general sobre la materia, y demostrado que la espada de Simeon no es la espada material, ni la espada de la muerte que separa el alma del cuerpo, ni la espada de la palabra de Dios, ni la de la severidad de sus juicios, ni la espada del terror, ni de la admiracion, ni del escándalo, veamos cuál es ya esta funesta espada que, cual negra sombra, habia de perseguir por toda su vida á la Santísima Virgen Maria, cuyo terrible y último desolador efecto, tendria lugar sobre la cumbre del Calvario al pié de la Cruz de Jesus.

A tres pueden reducirse las exposiciones sobre la materia. Dicen unos, que esta espada era la figura del amor sin límites de Maria hácia Jesus, el cual le produciria un dolor del mismo modo, ilimitado, porque el dolor está siempre en relacion con el amor. Y nada más natural y comun que comparar el amor á la espada, por cuanto hiere y penetra el corazon de los amantes. Por eso en el sagrado libro de los Cantares <sup>1</sup> pónense en boca de la Esposa estas palabras: *Vulnerasti cor meum soror mea.*

<sup>1</sup> Cap. 8.º

Otros, conviniendo en el fondo con la exposicion anterior, añaden que esta espada no era diferente de la de Jesus, sino la misma de Jesus, la misma que desgarraba el cuerpo sacrosanto del Salvador en sus tormentos, traspasaria el corazon y el alma de la Madre, á la manera que una espada material atraviesa alguna vez dos objetos distintos. Así, entre otros expositores, el P. San Bernardo <sup>1</sup>.

La tercera y más comun exposicion, es que Simeon quiso dar á entender la espada de dolor que atravesaria el corazon y el alma de María durante su vida, y de un modo especial y terrible junto á la Cruz, y esto bajo dos conceptos, á la vista material de los tormentos de Jesus y como co-redentora del género humano, por el poco fruto que habia de producir en aquellos ingratos verdugos su Pasion sacrosanta. Bástenos, en prueba de esta verdad, las siguientes palabras de San Agustin <sup>2</sup>: *Tribulationem gladii nomine significatum esse, credibile est quo materna anima vulnerata est doloris affectu.*

Pero no están conformes los expositores en el sentido, ya general, ya particular, que diera Simeon á la voz espada, si la referia á todos los dolores en comun de la Virgen Maria, ó á alguno especial. Y hé aquí la última idea que me resta explicar. Sentiré abusar de vuestra atencion; seré breve.

Dicen unos que el anciano sacerdote quiso signi-

<sup>1</sup> In Apoc. in Verb. signum magnum.

<sup>2</sup> Epist. 19 in Paulin.

ficar de un modo especial el dolor que sufriria la Santísima Virgen al oír los insultos y blasfemias sacrílegas de los judíos contra su inocente Hijo, fundándose en que las lenguas blasfemas suelen compararse á la espada. De ello tenemos repetidos ejemplos en la santa Escritura, especialmente en el libro de los Salmos.

San Ambrosio las refiere <sup>1</sup> al conocimiento profundo de la Virgen María sobre la futura Pasion de su amado Jesus, cuyo conocimiento hacia más agudo y terrible el dolor, al paso que se acercaban los momentos.

San Bernardo <sup>2</sup> se la representa en aquellas palabras del Salvador desde la Cruz: «mujer, hé ahí á tu hijo:» *an non plusquam gladius fuit sermo ille divinus mulier ecce filius tuus?* Y en otro lugar del mismo sermon la aplica al acto de herir el soldado con la lanza el costado de Jesus difunto: *vere tuam, oh beata mater, animam gladius pertransibit quando crudelis lancea Filio jam mortuo latus aperuit ipsius nimirum anima jam ibi non erat, sed tua plane ibi aderat.*

Pero la comun opinion de los padres y doctores católicos, es que las palabras tantas veces repetidas de Simeon, *et tuam ipsius animam pertransibit gladius*, comprenden todos los dolores de la Santísima Virgen, durante la Pasion de Jesus, aunque de un modo especial y como en el sublime de todos ellos,

<sup>1</sup> Sup., cap. 2.º, Luc.

<sup>2</sup> Serm. de Anunc.

durante su permanencia al pié de la Cruz. Así pueden conciliarse las diversas opiniones de algunos, y aun la de aquellos que las aplican á varios dolores en particular, porque comprendiéndolos todos, nada más conforme que hacer uso de ellas en casos particulares, conforme al objeto que cada cual se propusiera. La piedad de la veneranda antigüedad, y hasta pudiéramos decir que la de todos los tiempos y de todos los fieles hijos de María, así las han entendido siempre. De modo, señores, que la espada de Simeon fué la general profecía de todas las angustias, dolores y amarguras que habia de sufrir el corazón maternal de la Santísima Virgen, durante la acerbísima Pasion de Jesus; los diversos motivos que les agravaron con mayor ó menor intensidad, no fueron otra cosa que repetidos golpes de aquella funesta espada.

Ved ya, señores, expuestas, acaso con nimia minuciosidad, aquellas palabras de Simeon que nos refiere San Lucas: *et tuam ipsius animam pertransibit gladius*, palabras tan comunes, tan repetidas como misteriosas. Su genuina inteligencia, su significacion y extension, su sentido, y la amplitud que le conceden los santos padres y doctores católicos, y la piedad de los fieles, que fué lo que me propuse.

Pero ¡qué extenso campo se ofrece á nuestra meditacion! ¡Cuántas ideas, cuántas reflexiones, cuántos afectos ocupan en este momento toda mi alma, y ocuparán á no dudarlo la vuestra! ¡Afectos de ad-

miracion, afectos de confusion, afectos de amor y de gratitud, afectos de compasion hácia esa dulcísima y amorosísima Madre! Hoy es día de darlos entrada, de conservarlos y de fomentarlos en nuestro corazón, porque ellos concentran toda nuestra felicidad. María es nuestra Madre, pero su maternidad se ha comprobado en el Calvario. «Allí nos ha dado á luz, á costa de grandes dolores,» dice el P. San Bernardo, y allí la hemos de acompañar é invocar, si queremos ser sus verdaderos hijos, y recibir de ella algun día el premio de nuestro amor y compasion en su compañía en el cielo.—AMEN.